

MONETARISMO, ESTRUCTURALISMO Y POLITICA

Por: Alberto Corchuelo R.

Como ave fénix, pareciera que renacen hoy dentro de los círculos académicos ortodoxos colombianos las ideas estructuralistas en el análisis del fenómeno inflacionario que afecta a nuestra economía, renacer tal vez explicado como una reacción al apabullante e impune predominio de las ideas monetaristas.

Tal reacción al monetarismo aparece en uno de los ámbitos académicos más ortodoxos, el seminario sobre mercado de capitales, lugar donde las ideas sobre las relaciones entre dinero y precios campearon durante muchos años y de donde brotaron múltiples sugerencias de políticas destinadas a ejercer un mayor control sobre la oferta monetaria, causante último de la inestabilidad de la economía en opinión de la gran mayoría de los participantes en estos simposios. El crédito de fomento, el déficit del Estado, los desequilibrios externos, las tasas de interés, etc., eran allí analizados bajo una óptica monetarista, cuyo presupuesto fundamental era que las expansiones de oferta monetaria, posibilitadas por determinadas prácticas reinantes en los mercados bancarios, generaban presiones inflacionarias y, por tanto, era necesario cerrar las válvulas por donde se escapaban torrentes monetarios que hacían peligrar la estabilidad de la economía, al tiempo que distorsionaban la asignación eficiente de recursos.

Una laboriosa y rigurosa investigación realizada por dos jóvenes economistas y presentada en el último simposio sobre Mercado de Capitales¹, sirvió para resucitar estas ideas estructuralistas. Tales ideas

1. Cabrera M., Ocampo J. A., "Precios internacionales, tipo de cambio e inflación" en *Inflación y Política Económica*, ASOBANCARIA, Bogotá, Agosto, 1980.

precisamente habían surgido en el seno de la CEPAL como una reacción a los pensadores de la escuela de Chicago, quienes por la década del cincuenta visitaban constantemente Chile y Brasil atraídos por el intenso proceso inflacionario que afectaba a dichos países; visitas que bien pronto se tradujeron en la formación de verdaderas sucursales de la escuela de Chicago: la Fundación Getulio Vargas en Río de Janeiro y el Departamento de Economía de la Universidad Católica de Chile.

La ponencia de Cabrera y Ocampo acerca de la influencia de las variaciones en el tipo de cambio sobre el proceso inflacionario, sirvió para destacar el papel desempeñado por los factores estructurales —mezcla de elementos históricos, económicos, políticos y sociales— en la inflación colombiana, con especial referencia al sector externo.

Simultáneamente, algo sorprendente en estos olimpos académicos, la exposición del actual jefe de Planeación Nacional, Eduardo Wiesner², al formular una serie de hipótesis según las cuales el origen y persistencia de la inflación no es más que resultado de la lucha política entre los distintos grupos que participan en el producto social, ofrecía una perspectiva de análisis de la inflación que también nos acerca más a la real comprensión de este fenómeno.

Como tales, las hipótesis de Wiesner no son nada originales y no tendría importancia comentarlas sino fuera por el “quién lo dijo”, “dónde lo dijo” y, especialmente, “en qué momento lo dijo”. En verdad, con mayor o menor conciencia, todos los economistas saben de los factores políticos y sociales que se entremezclan en un proceso inflacionario; hasta los monetaristas, a través de los saldos monetarios estiman quién pierde y quién gana. Pero, la insistencia y atención casi que exclusiva en los excesos de oferta monetaria en el análisis del proceso inflacionario, habían desalojado lo político de este análisis. Incluso, la inflación de costos o más precisamente, la inflación de salarios, había sido relegada a un plano secundario, como aceptándose, casi como un credo, la conclusión de Musalén: la inflación colombiana tiene un claro origen monetario³.

Es dentro de este ambiente donde las hipótesis de Wiesner adquieren importancia. Preguntarse si la expansión de la oferta monetaria es efectivamente exógena es un buen punto de partida para el examen político del proceso inflacionario. Acaso, es neutral la creación de

2. Wiesner, “La inflación, un problema político?”, en *Inflación* . . . , op. cit.

3. Musalén A., *Dinero, Inflación y Balanza de Pagos: la experiencia colombiana en la post-guerra*, 1971.

dinero, como el maná caído del cielo que se recoge lanzando las manos al viento? En verdad, tras la creación de dinero hay grupos sociales que presionan por adquirir ese poder que él otorga y, como ciertos marxistas, los pocos que se han preocupado por el análisis del dinero, han expresado, las prácticas del Banco Central no son neutras en cuanto a relaciones entre clases o fracciones de clase⁴.

Los planteamientos de Wiesner bien pueden constituir un marco político de referencia para el examen del efecto de las "rigideces estructurales", que nos recuerdan Cabrera y Ocampo, sobre el proceso inflacionario. Como bien anotan estos autores, tales rigideces están condicionadas por factores económicos, políticos y sociales difícilmente aislables, de donde surge una inflación con expresiones monetarias que no son más que la manifestación económica de la pugna distributiva, política, de los grupos sociales que ocupan distintas posiciones en el proceso de producción y distribución de bienes y servicios.

Tal como Olivera⁵ lo mostraba hace ya tiempo, las variaciones en los precios relativos de los bienes, originadas en las "rigideces estructurales", determinan cambios en los niveles de precios, lo que exige una adición en la cantidad de dinero que "financie" el mayor valor de la producción, si es que no se quiere caer en una recesión (*Caeteris Paribus*, velocidad del dinero). Habría que preguntarse entonces acerca de los factores que modifican los precios relativos y sobre los beneficiarios directos de la expansión monetaria.

De acuerdo con este modo de mirar el problema, la causalidad iría desde los precios al dinero⁶ y no al contrario, como lo plantean los monetaristas. En el caso colombiano, las variaciones en los precios relativos podrían sobrevenir de las modificaciones en el tipo de cambio, de las condiciones de costos de la oferta agrícola, del comportamiento del precio interno del café, de los márgenes de ganancias fijados por las empresas dentro de condiciones de precios administrados, etc., que, dadas las posibilidades políticas, correlación de fuerzas, de los distintos grupos sociales por mantener e incrementar su participación en el producto social, desembocarían en un proceso inflacionario de mayor o menor intensidad y duración.

4. Brunhoff S., *La Política Monetaria*, Siglo XXI, 1974.

5. Olivera J., "La inflación estructural y el estructuralismo latinoamericano" en Sunkel, et al, *Inflación y estructura económica*, Buenos Aires, 1973.

6. Cabrera M., Montes F., "Dinero, precios y causalidad", *Banca y Finanzas*, No. 161, 1978.

El enfoque estructuralista parece brindarnos un método de análisis que nos acercaría más a la determinación de la naturaleza del fenómeno inflacionario. Sin embargo, qué peso debe otorgársele a la expansión de la demanda agregada, originada en incrementos en la cantidad de dinero, en la explicación de la inflación? Habría que desechar cualquier influencia monetaria o, más bien, reconociendo el carácter endógeno de la oferta monetaria, es decir, considerando que las autoridades monetarias responden y no simplemente hablan, los incrementos de la cantidad de dinero sí, efectivamente, pueden originar un proceso inflacionario?

Debe reconocerse que las presiones de demanda pueden generar una tendencia al alza en los precios, antes que se modifiquen los costos. Sin embargo, si los precios se administran en un gran número de ramas productivas, es decir, se fijan de acuerdo con los costos unitarios mas un margen destinado a obtener cierta tasa de ganancia, no habría por qué pensar en incrementos de precios ante expansiones de demanda, a no ser que existan ciertos bienes cuyos precios se fijan por acción de la oferta y la demanda y que poseen efectos relativamente intensos sobre los costos de producción de las ramas productivas y/o en el valor de trabajo.

Este conjunto de bienes son precisamente los agrícolas, materias primas y alimentos, cuyos precios resultan seriamente afectados en el período de mercado ante expansiones de la demanda. Más aún, a pesar de la presencia de elevados inventarios, las expansiones de demanda pueden generar expectativas y movimientos especulativos que inducen alzas en los precios.

Estos incrementos en los precios provocarían reajustes en los precios administrados y, dependiendo del poder político de la fuerza de trabajo, reajustes en los salarios con el fin de mantener el ingreso real de los trabajadores. De sus posibilidades políticas y de las respuestas que encuentren empresarios y trabajadores, estos comportamientos repercutirán sobre el proceso inflacionario.

Adicionalmente, puede pensarse que una política expansionista genere incrementos en los márgenes de ganancia por parte de los empresarios que administran los precios, ante expectativas de futuros incrementos en los costos, lo que intensificará el proceso inflacionario.

En la economía colombiana se manifiesta quizás una combinación de todos estos factores, en donde parecen pesar más aspectos reales que monetarios en el proceso inflacionario. Se trataría de una compleja combinación de todos ellos, que reflejarían el comportamiento de los grupos socioeconómicos por mantener e incrementar su participación en el producto social y la actitud del estado ante estos grupos.

Un análisis del proceso inflacionario que manifestó la economía colombiana durante la década del setenta, debería entonces incorporar no simple y exclusivamente el comportamiento de la base monetaria y sus efectos sobre la cantidad de dinero; menos a la manera de nuestros monetaristas: incremento de reservas internacionales —incremento de medios de pago— incremento del nivel de precios.

Habría que indagar acerca del papel desempeñado por el poder político de los cafeteros y su capacidad de incrementar el precio interno del café así como todas las repercusiones de esta medida⁷; examinar el comportamiento de la oferta de alimentos y de materias primas presionadas por una mayor demanda y por incrementos en los costos de los insumos industriales; medir los efectos en cadena sobre los costos de producción, tal como lo hacen Cabrera y Ocampo, de los incrementos en el tipo de cambio; observar el comportamiento de los márgenes de ganancia de los oligopolios; determinar si los salarios han sido impulsores o, por el contrario, tal como lo demuestra la evidencia empírica, han mantenido una actitud defensiva fuertemente contrarrestada y, por sobre todo, examinar la actitud política del estado vista a través de los instrumentos de política económica que utilizó y dejó de utilizar en su propósito de superar los desequilibrios monetarios.

Sobre esto último, no se trataría de determinar “éxitos” o “fracasos” de la política económica, ni mucho menos, el grado de imaginación de los encargados de manejarla. Esta en verdad parece más bien expresar las posibilidades políticas y económicas de determinadas acciones u omisiones y la impotencia de controlar ciertos fenómenos generados por el sistema económico. Fue acaso un propósito deliberado de la política económica, el notable incremento de las reservas internacionales? No hubo, tal vez, una débil respuesta de la demanda real de importaciones? No era la revaluación, una imposibilidad política y económica?

Frente a todo este conjunto de contradicciones, la práctica monetaria destinada a controlar la masa monetaria a través de las restricciones a la emisión secundaria, resultaba ser la forma de política más “manejable”, que no iría a resolver las contradicciones sino a aplazarlas. Por esto, aunque el estructuralismo tenga razón, el monetarismo tampoco resulta ser un fracaso o un éxito.

7. Ocampo J. A., Reveiz E., “Bonanza cafetera y economía concertada”, CEDE, *Desarrollo y sociedad*, No. 2, 1979.